

tenían los juaristas; y que, sin entregarle la plaza, solamente la abandonaba yéndome para el extranjero, él me daba los medios de conseguirlo, y que si me hacía esta proposición era porque mi nombre inspiraba un verdadero terror entre muchos de sus soldados y quería evitar mayor derramamiento de sangre."

— "Pero no me aborrece V. a mí como sus compañeros, Sr. Díaz? díjelo dudando de la sinceridad de sus palabras."

"No, compañero, le estrechada su mano; a quienes detesto es a O'Horan y a Vidaurri. Ah! si yo los atrapo!"

"Se han inventado innumerables consejas de mi fuga de México, siendo una de las más novelescas la de que ocupé durante varios días un

niche vacío en el cementerio de Santa Paula, no comiendo más que lo que me llevaba a media noche el sepulturero. No sé en qué novela rusa había yo leído cosa semejante. Los buenos dados a la novedad aseguraron que yo había escapado disfrazado de carbonero, esas dos hipótesis no tienen ni el mérito de la invención. Voy a desvanecer todo ese cuento con unas cuantas líneas de prosa: leedme, jóvenes, que os habéis nutrido con las admirables novelas de D. Juan A. Matos, leedme! leedme!"

En la calle principal de Tacubaya, a la derecha, (llegando por el lado de México) había en 1867 una pequeña casa con ventanas verdes, y sombreada por un copulento friso. Adentro, de un largo jardín estaba circundado por elevadas tapias. En esa



casa se alojaba desde principios del sitio de México, el coronel F. del Estado Mayor del Sr. Díaz, y hombre de toda sus confianzas. El día 11 de Junio, contando con las suficientes garantías del eminente caudillo republicano, desaparecí de la Ciudad de México refugiándome en aquella casita que me sirvió de santuario. Se había practicado un pequeño subterráneo en el jardín, de quince pies de profundidad, por ocho de extensión en su fondo; un pequeño catre de campaña, una lámpara y mis armas, constituían todos los enseres de mi escondite. El coronel vivía con una querida y dos asistentes, pero a éstos y a aquella los despatchaba fuera a las primeras horas de la noche, y allá a las once, venía

el solo con mis precauciones, a traerme los alimentos, lo mismo que los periódicos. Decíame piéndome que se me buscaba por todas partes y que las escollas cateaban diariamente las casas de México con la esperanza de encontrarne; que el mismo General Díaz fingía tan a la perfección su tenacidad en buscarne, que había ordenado la baja de un capitán porque no registró un domicilio con la escrupulosidad que debiera, y que los generales a la ordenes del Sr. Díaz eran los más activos y rabiosos en buscarne. Otro día referíome el fusilamiento de Vidaurri, otro el de O'Horan y así sucesivamente. Como estaré yo de temeroso e inquieto! mi destino dependía de los labios del General Díaz y una sola palabra de él era suficiente para enviarme a la eternidad. Cuando



a media noche sentía sobre mi cabeza los pasos del Coronel, no podía con- tener el sacudimiento nervioso de mi cuerpo. ¡Dios mío! todavía cuando sueño en esos días de angustia y de tortura, despierto dando gritos de espanto."

— "Por fin, un mes había pasado de permanecer en ese infierno (que fué mi Cielo) cuando el Coronel F" me dijo que cogiera mis armas y saliera fuera, que tenía órdenes de conducirme salvo a bordo del vapor Mexumac puerto en Veracruz."

— "Pero me conocerán en el camino, contesté alarmado."

— "Todo se ha previsto, venga V. conmigo."

"Seguí en medio de las tinieblas y el silencio: abrió una puerta y penetramos en una salita; el Coronel encendió luces, y sacando una na-

vaja de afeitarse me dijo: "

"¿Sabe Sr. afeitarse solo? es preciso hacer desaparecer esa barba . . . . y cómo ha embarrancado!"

"Le dije que sí; pero observando el que mi pulso temblaba, aseguréme que había sido barbero en su juventud y que procedería a rasurarme. Tuve completamente desfigurado y más aún cuando troqué mi traje por uno del asistente del Coronel F". A los seis días después alcanzábamos el Puerto de Veracruz y dos horas después me hallaba sano y salvo a bordo del vapor americano, que salía una hora más tarde para la Habana. Al despedirse de mí, díjome el Coronel:

— "El general Díaz ha cumplido su palabra! no es el león como lo supintán . . . . ."

"Ahora, Sr. Herdo, las quejas son . . . . ."



— Nombre! hombre! leoncitos á mí,  
á mi leoncito, y á estas horas?

Así exclamando dejó caer la  
carta sin concluir de leerla: ¿qué me  
importaban á mí las querellas extra-  
oficiales de esos señores? Lo que me  
asombra y suspende el ánimo es  
eso de que el Sr. Díaz salvara la vida  
al Sr. Márquez, porque el hijo po-  
lítico del Sr. Romero Rubio resiste á  
todas las tentaciones, menos á la de  
matar y desear la Presidencia.

— Sr. Navarro, llega Ud. á tiempo: ¿cree  
Ud. que don Porfirio perdonara la  
vida á D. Leonardo Márquez?

— La respuesta es muy sencilla: ¿era  
amigo del Grac. Díaz el agraciado?

— No era enemigo.....

— Entonces lo creo. Si ha sido su  
amigo, no doy una peseta por la  
vida de D. Leonardo. — Pero enténdase  
que lo dice Juan N. Navarro, Doctor en

Medicina y Cirujía, y no el Consul Navarro.  
— Enterado, amigo D. Juanito, enterado.

x x  
Desde ese día, para evitar recibir cartas  
tan desagradables como la anterior, hice  
extensivo el cordón sanitario para toda  
clase de epístolas, nacionales ó extranjeras,  
así como también para los personajes  
equivocos que de visita en Nueva York  
echaban sus vistazos para mi casa, con  
esa curiosidad estúpida del papán,  
que pasa horas enteras en la  
menagerie, contemplando la fantea  
del águila encadenada.....

---